

Edgar Negret (1920-2012)

Pepe González G.¹

Piezas armadas con tornillos, colores intensos y planos. Antes del lego existió el mecano; después a cualquier juego de armar se le llamó mecano. Pero los mecanos no son juegos de armar como los modelos de ensamblar piezas precisas, que sólo admiten un orden. En los mecanos las piezas pueden armarse de muchas formas distintas y es allí donde está su magia. Además se pueden inventar siempre nuevas piezas. Armaduras metálicas, chapas de aluminio pintado piezas de armar inventadas: Edgar Negret renunció de manera explícita a ocultar la manera en que construye, haciendo evidente la sinceridad de su lenguaje. En el suyo, como en cualquier buen juego, el jugador pierde la noción de realidad; si el juego no nos atrapa, si no nos impone sus reglas, no funciona. Sus colores también vienen prestados de los juguetes: son básicos, limpios, esenciales, se separan de lo que los rodea, contrastan afirmativamente con su entorno.

Negret desarrolló su lenguaje en estricta relación con sus materiales. Algún día nos contó que al haber aprendido a doblar láminas con dos tubos y a unirlos simplemente con tornillos y tuercas, había dejado la “carrera armamentista por las herramientas” en la que estaba inmersa la mayoría de los escultores de su generación. Decía que los escultores solían enfrascarse en largas discusiones sobre taladros, soldadores, fresadoras, pulidoras, martillos y quién sabe cuántos instrumentos más. Él, en cambio, podía hacer sus esculturas en un taller muy simple. Este dominio del material lo hizo libre. Desembarazado de cualquier mimesis con la naturaleza de los materiales, pudo dedicarse a jugar con lo esencial de las formas, de los llenos y de los vacíos, de las curvas y las rectas, de lo emocional y de lo racional. Eran fascinantes esas pequeñas maquetas de papel que recortaba y armaba con sus manos para después pasarlas a sus ayudantes, quienes las construían en su versión final, ayudantes de quienes hizo su propia familia.

Negret trató muchísimos temas a través de su fecundísima obra. Solía titular sus piezas, y nombrándolas inducía el pensamiento del espectador en el tema que posiblemente había dado origen a su propio pensamiento; sus trabajos se llaman, por ejemplo, *fiesta andina*, *fuentes ceremoniales*, *cueva*, *casa de las serpientes*, *fortaleza*, *cohetes*, *tejido* o *metamorfosis*. Así hizo referencia a estructuras y culturas ancestrales como la de Tierradentro, los Mayas o los Incas; pensó la geografía y la naturaleza, fue abstracto y concreto y produjo símbolos bellísimos relacionados con el hombre, la divinidad o el universo. Adoró lo ancestral, lo arcano y primigenio, el origen de la cultura, de la civilización y de su propia familia de Popayán.

El Maestro reunió una colección meritoria que incluía piezas desde precolombinas hasta contemporáneas, además de su propia obra. La alojaba en su casa taller de Santa Ana en Bogotá, que fue su refugio y en la cual y por la cual trabajó durante años. Esta casa fascinante debe formar parte de su legado y se pensaría que este sería un espacio idóneo para conservar su memoria; lastimosamente, no parece que esto vaya a suceder: error grave desperdiciar semejante patrimonio.

Edgar Negret murió el año pasado después de una larga enfermedad que nadie quiere recordar. Queda ahora traer a la memoria al maestro generoso que siempre fue, su amable refinamiento, su solidaridad con los artistas jóvenes y no tan jóvenes a quienes apoyó sin condiciones; cuántos artistas de nuestra generación encontramos refugio en la “galería-casa Negret”, en donde nos trató como a sus iguales a pesar de que no lo éramos. Este era un círculo delicioso que se reunía en torno a su ingenio y su saber los sábados en la mañana como difícilmente ha vuelto a verse en Bogotá.

Su trabajo conserva intacta su vigencia, resulta acaso hoy más pertinente que nunca. Tendríamos que darnos el placer de redescubrir ese juego ingenioso, tan suyo, el de Edgar Negret.

¹ Pintor radicado en Bogotá.